



Ángeles Guardianes

Por Teresa Pérez Landa

Cuentan los más ancianos del pueblo que todos tenemos un ángel de la guarda desde que nacemos, o varios. Cuentan que su pueblo es muy especial y a veces, esos ángeles no vienen de la luz, sino de la oscuridad. Porque para equilibrar las fuerzas celestiales tiene que haber la misma cantidad de luz que de oscuridad; de lo contrario, ese delicado equilibrio se rompería y todo se destruiría. Rachel lo sabía desde muy niña. Sabía que sus ángeles eran oscuros, pero no le importaba, los

sentía cálidos y protectores.

Un atardecer se fue sola a los campos que rodeaban el pueblo, eran (a ella así se lo parecía) extensiones tan vastas de amapolas que la vista se perdía en ellas hasta donde el horizonte se confundía con el cielo. Aún no había cumplido los diez años siquiera, pero en un entorno tan seguro, ¿por qué iban a tener miedo sus padres? La encantaba coger ramos de amapolas, su color rojo tan vibrante la fascinaba. Esa fue la tarde en la que sus ángeles por fin se le revelaron. Nayarú con su ejército de perros infernales de ojos rojos estaba allí, cuidando de que nada le sucediera.

Fue la última vez que vieron a Rachel. Los más ancianos del lugar todavía cuentan en las frías noches de chimeneas cuando todos se sientan en un corro frente al fuego después de cenar la historia de cómo Rachel fue llevada a los cielos por sus ángeles de la guarda. Nadie sabe cómo sucedió, ni por qué, algunos apuntaban que Rachel era muy especial y pertenecía a las estrellas y por eso se la llevaron al lugar de donde pertenecía. Quizá debamos guardarnos nosotros de los ángeles.